

mas profundos, viéndose por las noches las calles enteramente abandonadas, cuando en una de ellas, en la mas callada de aquellas melancólicas noches, se vió pasar á un embozado de una esquina á otra, quien dando una aguda señal con un silbato, se quedó esperando á que se abrieran las vidrieras del balcon que estaba enfrente. Despues de pasados diez minutos, que para el galan fueron diez horas, segun manifestaba por su impaciencia, se oyó un leve ruido y se vió á traves de las sombras de la noche entre las hojas de la vidriera un bulto blanco.

—¿Leona? preguntó el de abajo con voz firme.

—Andrés! contestó la dama, ¿eres tú?

—Yo soy, alma mía, que vengo como te anuncié ayer á decirte mi último adios.

—¿Te vas siempre?

—Si no me fuera esta noche, mañana seguramente sería aprehendido y llevado á las mazmorras de Veracruz.

—¿Ya no hay esperanzas de ningun arreglo?

—No, mi familia ha estado viendo al virey con empeño y se ha negado resueltamente á indultarme de mi delito de sospechoso, de insurgencia de lo que te lo diré con sinceridad, me alegro mucho, porque ardo en deseos de unirme á Morelos y á tantos héroes que defienden la libertad de la patria.

—Alabo tu valor, porque si yo fuera hombre tambien haria lo mismo. Me duele que te vayas á correr mil peligros, á morir tal vez; pero, comprendo que es tu deber y lo aplaudo.

## CAPITULO XLIII.

## LEONA VICARIO

La segunda heroína de la independencia mexicana, despues de la Corregidora de Querétaro, necesitaria una leyenda aparte como aquella, para lo cual dieron sus aventuras material abundante; mas en la duda de si podremos hacerla más tarde y siendo este el lugar en que mas corresponde hablar de ella, le consagramos de paso este capítulo para narrar uno de los incidentes que comenzó á hacerla notable.

Asolaba á México una epidemia de fiebres malignas que se habia llevado mas de 14,000 personas de la gente pobre, sin que los españoles que estaban muy ofendidos porque los americanos no les habian querido dar sus votos para que formaran el Ayuntamiento, se hubieran prestado á impartirles el menor socorro, y reinaba por lo mismo en la ciudad la tristeza y el malestar

—Gracias, Leona, gracias, no podría esperar de tí que eres tan inteligente y tan patriota, otros consejos ni otras palabras que las que estoy escuchando. Cualquiera otra me detendría, me prohibiría salir de aquí ó me haría vacilar con sus sollozos y sus lágrimas. Tú, todo lo contrario, alientas mis deseos, reanimas mi patriotismo y centuplicas mi valor ..... gracias otra vez, amada Leona mía, y ¡adios! ¡adios hasta que la patria sea libre!

—O hasta que yo vaya á reunirme contigo, si esta situacion llega á prolongarse.

—¿Tú?

—¿Crees que al lado de un tutor tan exigente y tan realista como el que tengo y de unas tías tan exageradas y tan necias podré vivir tranquilamente? Mi carácter es demasiado enérgico y demasiado resuelto para que se pueda avenir al de estas gentes que quieren ser dominadoras y tendremos que concluir por un rompimiento.

—¡Ah! se conformó con exclamar el jóven, sin saber si aplaudir ó si combatir esas ideas tan avanzadas en aquella niña á quien amaba tiernamente.

Entonces ella, que conservaba toda su sangre fria y su reflexion, se apresuró á decirle:

—No te detengas, más, Andrés, porque seria comprometerte: allá va ese pañuelo, dentro encontrarás una sortija que quiero conserves como un recuerdo de la mujer que dejas aquí solo pensando en tí y adorando tu santa memoria,

—¡Oh, Leona mía! ¡Leona mía! exclamó aquel imprimiendo mil besos á los objetos que acababa de recibir y entonces simulando otro beso con las puntas de los dedos, dijo otra vez ¡adios! y partió precipitadamente, como quien toma una resolucion repentina de vida ó de muerte.

Leona tambien se retiró y lo mismo que si se hubieran agotado sus fuerzas con las últimas palabras que habia pronunciado, exhaladas de lo íntimo de su pecho, cayó desvanecida en un sillón que estaba cerca del balcon y comenzó á sollozar y á derramar abundantes lágrimas.

Despues..... despues se calmó completamente y en los siguientes dias puso en juego todos los recursos de su imaginacion para entrar en correspondencia con su novio, que no era otro que el despues tan célebre D. Andres Quintana Roo, que en esa época era un simple practicante de leyes en el estudio del Lic. San Salvador, tutor de la hermosa Leona Vicario á la sazón huérfana, aunque rica y muy considerada entre las mas altas clases de la capital.

El jóven D. Andrés Quintana habia salido de México venciendo las dificultades consiguientes, las que le hicieron refugiarse por de pronto en Tlalpujahuá, en donde á la sazón estaba organizando tropas el presidente de la Junta Suprema, general Ignacio Rayón, á quien le fué muy útil por una parte, con sus conocimientos en las letras y su entusiasmo en favor de la revolucion, y por lo otra, con sus relaciones en México, pues que aun la misma Leona, que era una resuelta

partidaria de la independencia, burlando la vigilancia de su tutor, tíos y demás parientes, todos metidos en la causa realista hasta el pescuezo, le estuvo proporcionando avisos oportunos y elementos de toda clase, entre los que no les fueron de poca utilidad algunos armeros y fundidores de cañones de que los insurgentes carecían.

Todo parecía marchar perfectamente, cuando una mañana se presentó en la casa del abogado San Salvador el oidor Bataller, que había reconquistado su puesto en la Junta de Seguridad y que se había puesto al servicio de Calleja incondicionalmente, como con los demás vireyes, porque era bajo y servil como todos los cortesanos, en lo cual consistía su principal habilidad para estar bien con todos los gobiernos. A la sazón el oidor Bataller arrastraba los pies para andar, estaba un poco sordo, á pesar de su oficio, corto de vista y tartajoso para hablar, pero siempre astuto y diligente, nada se le escapaba ni nada dejaba de inspeccionar, sabiendo aprovechar bien los conocimientos que tenía con toda clase de personajes y su antigua residencia en la ciudad, que le permitía estar al tanto de la conducta de todo el mundo. Había sabido, como que fué una cosa pública, que D. Andrés Quintana y D.<sup>ca</sup> Leona Vicario, eran amantes, había tenido ocasión de oír hablar á esta en sentido no solo favorable sino apasionado de los insurgentes, no se le ocultó tampoco que el jóven pasante se había ido con Rayon, y desde luego le vino la sospecha muy fundada de que los novios no podían menos de en-

contrarse en correspondencia, lo cual podía traer consecuencias desastrosas para la causa realista, una vez que Leona era atrevida, y con los recursos de cierta cuantía que muy bien pudiera proporcionarse, prestar grandes servicios á sus aliados; por lo que dedicó á sus principales agentes á vigilar á la dama hasta que pudo cerciorarse plenamente de cuál era la conducta que estaba observando. Lo puso en conocimiento del virey, este aplaudió su celo, y aunque no las necesitaba lo revistió de nuevas y amplias facultades para que procediera en el caso como mas conveniente le pareciera, sin ninguna limitación.

El Lic. San Salvador, que también tenía algunas sospechas respecto de los procedimientos de su pupila, no pudo menos que alarmarse con la presencia de Bataller, que era ave de mal agüero aun entre los suyos, y después de haberle ayudado á sentarse y de dirigirle los cumplidos de costumbre, le preguntó con humildad:

—¿En qué puedo servir á su señoría?

—Desearia, señor licenciado, que me hiciera usted la honra de mandar llamar á su pupila la señorita Leona.

—A Leona? preguntó San Salvador como airado.

—En servicio del rey, murmuró el magistrado.

—¡Ah!

Ante estas palabras no había quien resistiera entonces y Leona compareció á los pocos momentos.

El oidor Bataller, que no tenía motivos para ser galante, entró de lleno al asunto, diciendo:

—Srita. Leona, vengo á cumplir con una mision delicada en nombre de la Junta de Seguridad.

Leona, que no sabía asustarse de nada, le contestó:

—Me alegro mucho, Sr. Bataller, ¿y qué mision es esa?

—La de colocarla en lugar seguro, por ciertas travesurillas que está usted haciendo en contra del señor virey Calleja, que como ustedes saben no tolera pulgas.

—¡Ah! el señor virey no tolera pulgas?..... pues yo tampoco.

—La cosa no es chanza, señorita, sino muy seria.

—Pero no tanto que no se le permita á una reirse.

Y Leona se rió con verdaderas ganas.

Bataller entonces algo picado y queriendo vengarse cuanto antes de aquellas burlas, sacó algunos papeles del bolsillo y dijo con tono agrio:

—Aquí tengo las pruebas, Sr. Lic. San Salvador, de que la pupila de usted está en relaciones con los insurgentes. No solo vienen aquí algunas cartas amorosas cambiadas entre Leona y el insurgente Quintana Roo, sino entre la misma y D. Ignacio Rayon, tratando asuntos graves de política.

Leona, por mas intrépida que fuera, no dejó de turbarse ante aquella declaracion que la dejaba sin salida, y lo que hizo fué apelar al recurso muy comun en todas las mujeres, de las lágrimas, así es que llorando á lágrima viva se le oyó exclamar:

—¿Qué indignidad! meterse á interceptar hasta la

correspondencia de las damas. ¡Ni jeso no es de caballeros!

El Lic. San Salvador intervino, hizo retirar á Leona y ofreció á Bataller ponerla en reclusion de manera que no le quedaran ganas de volverse á comunicar con los insurgentes.

—Pues por consideracion á usted, señor licenciado, y á la noble familia de esa desdichada, consiento en ello; pero las instrucciones que traía eran las de llevarla á una prision.

Y el viejo zorro, dando á entender que hacia uno de aquellos grandes favores que no se olvidan nunca, se retiró ofreciendo que en caso de reincidencia seria inflexible.

Pero es el caso que cuando el tutor buscó á la pupila para cumplir su ofrecimiento, resultó que el pájaro habia volado. Tomando el dinero y las joyas que pudo de su tocador, y acompañada de dos criadas de confianza, franqueó la escalera y la puerta antes de que saliera de la sala el oidor Bataller.

Ya se comprenderá la sensacion que esta fuga produjo tanto en la familia de Leona como en el gobierno; y por una y otra parte se dieron á buscarla, hasta que su hermana mayor, la marquesa de Vivanco, logró encontrarla en Coyoacan, en donde estaba esperando la escolta y demas elementos que habia pedido á Rayon para continuar su viaje. Tanto la marquesa como las demas personas de su familia, entre las que se encontraba el coronel D. Juan Noriega mayor de la plaza, tomaron vivísimo empeño en hacerla vol-

ver á su casa, consintiendo ella en acompañarlos únicamente cuando se arregló con el gobierno que no habia de volver á ser molestada por el viejo Bataller, y que se la dejaría en su morada tranquila sin seguirsele por la causa probada perjuicio alguno.

Pero el virey Calleja, que no acostumbraba guardar consideracion ni á las jóvenes hermosas, pues ya vimos lo que hizo con la ahijada del cura Hidalgo en Guadalajara, al día siguiente mismo, sin considerarse obligado á cumplir con Leona la palabra que le habia mandado empeñar, la tomó presa y él mismo la condujo al convento de "las mochas" en Belen, donde se instruyó contra ella el correspondiente proceso, sin que se lograra en las declaraciones recoger otra cosa que palabras muy tronantes, y algunas tan injuriosas, que tenian que omitirse, en contra de Bataller y de Calleja, á los cuales acusaba de mandrias y de poco caballeros.

A los pocos días se supo en el campo de Rayon lo que habia sucedido á la intrépida Leona, produciendo una indignacion indescriptible: entonces Andres, recordando el golpe audaz pero malogrado que se intentó para salvar á Margarita en Guadalajara, propuso á Rayon que le diera unos cuantos hombres arrojados para acudir á salvar á la hermosa Leona. El gefe insurgente convino en ello y dijo á Quintana:

—Voy á dar á usted dos que son un ejército: los coroneles Arroyave y Rafael Fuentes, que son los hombres mas valientes que conozco. El segundo es el que intentó el golpe audaz en Guadalajara.

—Me basta con ellos, contestó Roo electrizado ante la magnitud de la hazaña y deslumbrado con por sus ilusiones.

Y en la misma noche se puso en camino para México. Aunque Leona estaba incomunicada rigurosamente en un calabozo del convento, le fué fácil hacerla llegar un aviso por medio de sus criadas, sus antiguas mensageras, y ya ella estuvo prevenida.

El 23 de Mayo al anochecer, todavía cuando no aparecia la luna, llegaron cuatro hombres montados hasta los arcos de Belen: el que venia detras traía otro caballo estirando, tambien ensillado. Los tres de delante se desmontaron, entregaron las riendas al otro que era un criado y despues de haber estado conferenciando un momento y de haberle prevenido al criado que se estuviera oculto debajo de los arcos, se dirigieron al edificio y sorprendiendo al portero, lo obligaron, poniéndole una pistola en el pecho, á que entregara las llaves y dijera á cuál puerta correspondia cada una. El hombre completamente intimidado, dió los informes que se necesitaban, y mientras Rafael se quedaba de centinela cuidando al preso y encerrando á todas las personas que entraban y salian en las piezas de la portería, Quintana y Arroyave se dirigieron al interior del convento.

—Allí en aquel rincon del patio debe estar el calabozo de Leona, segun sus indicaciones, dijo Quintana.

—Pues entonces mientras yo vigilo este pasillo.

contestó Arroyave, vaya usted con las llaves á buscarla, y nada de hablar de amor ni de entretenerse.

—No, no; ya sé que en cada momento que se pierda vá de por medio su vida y la nuestra.

Quintana llegó á la puerta y como Leona estaba advertida, gritó desde adentro:

—Aquí estoy, aquí estoy: esta es mi prision.

Quintana probó varias llaves en el cerrojo, y mientras tanto el ruido había atraído la atención de la superiora y la alarma comenzó á cundir en el convento.

Ya era tiempo: en el instante mismo en que Andres atravesaba el patio, cinco soldados con su oficial aparecieron en el otro extremo viniendo del interior.

—¡Fuego! gritó el oficial.

Las balas pasaron rosando el vestido de Leona.

Una vez fuera, Rafael dijo á sus compañeros:

—Cojan los caballos, yo me comprometo á detener aquí al enemigo cinco minutos.

Cerró la pesada puerta de madera y por la pequeña reja detuvo á los asaltantes haciendo fuego con sus dos pistolas y su carabina.

Luego corrió á los arcos, subió en su caballo que era el único que quedaba ya libre y los cinco ginetes desaparecieron como un torbellino por entre los árboles.

Al día siguiente Leona era armada por el mismo Rayon que le dió un puesto en su Estado Mayor.

—Ahora, Andres mio, dijo á Quintana, ó juntos perecemos ó juntos entramos triunfantes á la capital.

### CAPITULO XLIII.

#### EL TERROR DE ANTES.

—¿Qué años hacia que no teníamos el gusto de ver al Sr. inquisidor D. Isidoro Sainz de Alfaro por esta su casa? exclamó nuestro antiguo conocido D. Gabriel de Yermo luego que vió aparecer en su despacho al tétrico miembro del tribunal del Santo Oficio.

—Ya no soy inquisidor, mi querido Sr. D. Gabriel, le contestó aquel con tono despechado.

—Síntese su señoría y cuénteme qué es lo que le pasa. ¿Alguna inconsecuencia del insoportable Calleja?

—La inconsecuencia viene de mas alto, mi querido Sr. de Yermo, dijo el padre Sainz ocupando el sillón que le había aquel designado, Calleja no se había metido para nada con nosotros.

—Pues como yo declino más que á la carrera, y es-